

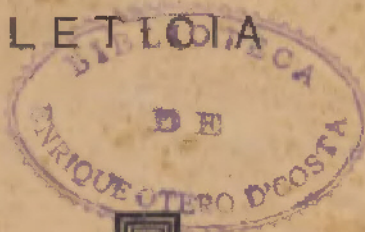
FEDERICO RIVAS ALDANA

FRAY - LEJON

DE ARRANCAPLUMAS

— A —

LETICIA



©Academia Colombiana de Historia.

LIBRERIA NUEVA • CASA EDITORIAL • BOGOTÁ

FEDERICO RIVAS ALDANA

---

FRAY - LEJON

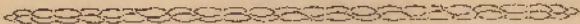
DE ARRANCAPLUMAS

A LETICIA

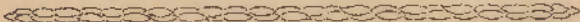


©Academia Colombiana de Historia.

LIBRERIA NUEVA · CASA EDITORIAL · BOGOTA



## DE ARRANCAPLUMAS A LETICIA



Amados hermanos míos:

Hay que reconocer que existen aquí un patriotismo y una abnegación sin límites, cuando así, al sólo conjuero de la Defensa Nacional, habéis acudido a padecer los cincuenta centavos de conferencia que voy a asestaros, la que según el pronóstico reservado de un acérrimo amigo mío, es la primera y la peor de las calamidades de la Guerra.

Nadie puede dudar de que poseo las dos características más importantes de un conferencista que se estime: ignoro absolutamente el tema, y no miro sino a la taquilla. No veo latiscuchas, sino allí un frasco de quinina, allá un paquete de cartuchos; es decir: no veo sino cápsulas, y dentro de poco sí podré decir que en esta guerra ya he oído silbar las balas.

La ignorancia, que es la madre de las meteduras de pata, me impide daros a conocer diversos aspectos del Amazonas. No puedo citar autores extranjeros como a Walter Scott, autor de la bella novela "La Emulsión", u otros como Tolstúa, Azorán, Zamacuá y Gabriel Turbé, porque ellos no se han metido ja-

más a opinar sobre esta guerra vista desde Arrancaplumas. Y he de referirme únicamente a estrategias y tratadistas hechos aquí, de fabricación nacional, como el runcho Ortega, Jotavé, Quijano Mantilla o Poroque Wills, mi secretario de cabecera.

Me atrevo a presentarme ante vosotros, atrevimiento insigne, casi profanación, mas qué no hará un zoquete en pro de la nación?

Si el maestro Valencia da todas sus medallas de oro, yo, pobre clown del periodismo, que a diario tengo que colgarme de las corvas en el trapecio espiritual, por qué no he de dar mis latas, lo único que poseo?

Qué he de hacer yo, pobre gitano de la caravana del humorismo sino hacer bailar ante vosotros la pesada osa de mi imaginación y tender luego la monótona pandoreta para que arrojéis unas monedas que vayan a convertirse en armas que defiendan la patria?

Perdonadme, pues, en gracia del valor que se necesita para venir a actuar en público, casi temeridad en mí, ya que además del derecho de pataleo que tienen mis escasos oyentes, corro el peligro de que algunos de mis acreedores vitalicios, de esos que no me pueden ver, que sienten por mí un delirio de persecución, se me embosque por ahí en una luneta y me venga ahora con cuentas. Sin tener yo la salvación de decir que no estoy aquí.

En esta conferencia con que voy a asesinaros, con los agravantes de premeditación, alevosía y casi de nocturnidad, no puedo, por hallarme en un teatro oficial, lanzar expresiones contra un Gobierno amigo o contra un pueblo hermano como el del Perú. No me es permitido decir que nuestro cordial profesor de ortografía el doctor Sánchez Cerro, se siente un Nabucodonosor, por haber estado diez años convertido

en un animal. Nada de asegurar que es más terco que la criada de un cura, más rasta que un aficionado a toros y de una inteligencia más corta que una sábana de hotel. Toda afirmación por el estilo os ruego que le achaquéis al calor de la improvisación.

Tengo que rogaros que por ahí, dentro de un cuarto de hora, cuando enfurecidos pidéis a gritos mis pies, no apuntéis los asientos a la cabeza, ya que se me puede dañar el perfil griego, ni levantéis falsos testimonios a la señora esposa de mi abuelito. Paz a los muertos y guerra a ciertas verbas.

Espero correr con toda fortuna, es decir, que me alcance a refugiar en la Casa de Salud de Marly a curarme, ya que llevaré heridas hasta en el amor propio. Y en cambio de que me perdonéis la vida, yo me comprometo a salirme en puntillas para no despertaros.

Pero empecemos antes de que se me duerma el último sobreviente.

Que el árnica y vuestros silbidos me sean ligeros.

\* \* \*

Se puede ganar la guerra desde Arrancaplumas? Claro es que sí. En el millón y medio de campañas que se desarrollan a diario sobre pequeños mapas y en las vitrinas de los almacenes, no se ha perdido ninguna batalla, y el Marroquín Peruano, el honorable y espiritual Sánchez Cerro, hace la fortuna de un envidiado empresario que lo ha logrado coger vivo y traerlo a exhibir a altos precios en Bogotá. Y sin embargo así estaría menos expuesto que en Lima.

El aguerrido veterano de entre casa apela a un mapa de Atlas, convenientemente corregido en cuanto se refiere a fronteras, mide a pulgadas las distancias a Caucajá, en donde él cree que se encuentra el

chino Amadeo preparándoles algún voladón a esos peruanos huérfanos de padre dos años antes de nacer, clava una banderita tricolor y cada mañana la hace avanzar un milímetro. Pero como el mapa es tan pequeño y a veces se echa una modesta clavija patriótica, fuerza gloriosamente el paso de Puerto Arturo, pasa en raid sin escalas por Iquitos, recorre triunfalmente a Bolivia, clava nuestra bandera victoriosa en el Paraguay, y arma unos conflictos internacionales que ya se los hubieran querido Laureano Gómez y Calibán.

Y en asuntos de distancias nos perdemos nosotros como los pobres cuando tienen que contar de mil pesos para arriba. Si uno quiere medir cuatrocientos kilómetros, tiene que figurarse diez veces un viaje a Facatativá. Yo creo que la verdadera distancia de aquí a Leticia es cosa de uno, porque si lleva mucho miedo, por más que tarde dos años en avistar al primer oscar, siempre le parece que ha llegado muy aprisa. A mí se me haría el viaje cosa de horas.

Las distancias medidas con limpiadientes y fósforos resultan así, al cálculo, como de aquí a Guateque, tierra de naranjas, chirimoyas y monos; el estratega de sobremesa se echa mentalmente el rifle al hombro, un rifle que, como los revólveres de cine, no hay que cargar jamás, atraviesa a pie conjunto ríos y selvas, y a la cabeza de un regimiento, porque nuestros napoleones jamás pasan por soldados rasos, se siente hecho un león en el foso de los Dauleles, deja el campo enemigo cubierto de muertos fríos, negros y analfabetos, y derrota con una facilidad pasmosa a esos caballerosos hijos de Inca, que, contra el canto evangélico, ni tienen gloria en las alturas ni dejan en paz a los hombres de buena voluntad.

Y este odio mío por los peruanos, no es asunto de momento. Ya es un odio mayor de edad, nacido

hace 21 años, en aquellos tiempos de la Pedrera, cuando el otro Oscar desquitó brillantemente a su pueblo de la patanada esa del Tarqui, abaleando no a un ejército, sino más bien a un Hospital.

Es algo que me viene hasta por razones de amor maternal, porque, cuando se supo aquí la derrota de nuestros moribundos, fue cuando por vez primera en la vida vi bañarse en llanto, el siempre para mí sonriente y plácido rostro de mi madre.

Yo recuerdo que en aquellos tiempos también creíamos derrotar a los peruanos a fuerza de sonetos, de razón, y de himnos. Lejanos tiempos de cuando yo era niño precoz, y en casa las opiniones estaban divididas, porque unos opinaban que sería presidente de la república, y los otros que más bien sería Arzobispo.

Yo también compuse un himno patriótico, con unos versos que tenían que andar en muletas y unos rípios que se salían de las cuartetos. Un día me los encontró mamá, los admiró, llamó en secreto a papá y con grave tono le dijo:

—Le he encontrado a Federiquito un poema tan bonito, tan bonito, que yo creo que no es de él, sino que se lo ha robado.

Mi padre, con su fino sentido crítico de viejo poeta, los leyó atentamente y con sorna que aún me duele, pues yo escuchaba oculto aquella medrosa escena, calmó así los temores de mi madre:

—Pero fíjate esto de rimar Ricaurte con baluarte. Y todo esto del libro de oro de la historia y del león Ibero. No tengas cuidado. Los versos son de Federiquito.

Y sin embargo, cada vez que llegaba alguna visita a casa, me hacían parar en un rincón y me decían:

—A ver, Federiquito, recítales a las señoras tus versos a los peruanos.

Y yo hecho una Berta Singerman de pantalón corto, empezaba a apostrofar:

*Atrás, viles y bárbaros peruanos,  
que mi patria rechaza vuestra ofensa!  
Atrás! Ella aborrece a los tiranos  
y en noble lid no tiene quien la vengza.*

Como es natural, a pesar de la violencia de mis estrofas los peruanos no se dejaron convencer y no les pude hacer evacuar la Pedrera, pero sí se notó que en esos tiempos disminuyeron mucho las visitas a casa.

Ahora bien. Ganada la guerra en Arrancaplumas, con esta manera de machacar himno, que ya a las doce de la noche no nos parece sino un rítmico insoponible, con discursos en los que cada orador toma vuelo para vociferar aquello tan bonito de "la patria está en pie", "tenemos el derecho de la fuerza y la fuerza del derecho", podremos quedar satisfechos?

Nó! Nó. Yo creo que no estaría por demás ganaría también en las fronteras. Y que allí con un tomo de derecho internacional en una mano, el tratado en la otra y un poema en la otra, no se puede hacer correr a un Perú-hetano como a un gamo de buena familia o como a un maquetas perseguido por un acreedor (Lagarto!!!)

Es cierto que la última sierva que tuvo España en las Américas, fue el Perú; que éste no pudo independizarse y tuvimos que mandarle desde aquí una emancipación en la punta de la espada de Córdoba; que su primer acto de vida independiente fue alzar contra Colombia sus manos aún con huellas de cadenas, como si nostálgicos de ergástula, con melancolía de látigo y de grillos, quisieran herir a sus libertadores



por el crimen de haberlos extraído de su instintiva esclavitud. Es cierto que Bolivia por andar con malas compañías perdió su salida al mar, y que, cachorros de la América, no hay guerra que no hayan provocado ni guerra que no hayan perdido. Pero están un poco mejor armados, tienen mejor preparación militar y han derrochado en su monomanía de pillaje internacional, las energías y el dinero que Colombia ha dedicado a la Agricultura, a la Hacienda y a la Universidad.

Y no hay que creer con un criterio simplista, que ellos convertirán al momento el campo de batalla en un hipódromo, ni que el valor todo lo puede en una guerra en que se va a combatir por tierra, aire y agua!!! Agua!!!

(El secretario particular, cerveza en mano aparece, da de beber al sediento y recibe vale por dos soles contra el colega Vigil).

Darío nos hizo un mal espantoso con aquello de "Colombia es una tierra de leones". Cada vez que uno repite ese verso, tiene que ir a donde el peluquero de la esquina a que le recorte las garras y la melena, y se siente tomándose una leona. Los versos nos han matado a nosotros y cada vez que repetimos alguno, ya nos sentimos haciéndonos despachar una receta como Garrick, o pastando por la calle real con una capa colorada y su caballo alazán, o musitando "Doña Inés del alma mía" a los pies de un sofá a una muchacha que se llama Gregoria. Pero la vida se encarga de volvernos a la realidad. Y viene aquí el caso de un buen amigo mío, bohemio él y aficionado a recitar estrofas, cuando se sentía "borracho de vino y ebrio de felicidad".

Y una noche, después de haber cumplido con su beber, junto con sus compañeros de obras en la tienda de una bella chica a la que le hacía cucarrón,

empezó a murmurar mientras se bebía el último vaso de cerveza, aquellos suaves versos del difunto Nervo: "Vida... nada te debo. Vida estamos en paz".

Y a las tres veces de estar repitiendo esto como un estribillo, se acerca la ventera y le dice:

—Bueno, sí, señor. Pero lo de las cervecitas quién me lo paga?

(Risas).

Es cierto que el colombiano en la guerra es más bravo que un tiburón hidrófobo, pero aquí hemos aprendido a combatir por las Escuelas Internacionales, compramos armas por el sistema de Clubs y no hemos tenido más guerras de potencia a potencia que con la suegra cuando ya uno se está volviendo novio crónico, y lo mismo que a una criada que se demora, nos hace coger nuestras cositas y marcharnos por habernos tardado tanto en hacer el mandado.

Cosa muy natural esa rabia, porque hay mamás que muchas veces quieren casarnos con sus hijas, no por cariño a ésta sino por poder algún día ser nuestra suegra.

Y las chicas también tienen razón, ya que cuando se le va un novio a una muchacha, ella siente el mismo rabioso despecho del torero a quien le echan un toro vivo al corral.

El colombiano ataca de frente y con los puños. Y no basta hacer ocho días de ejercicios, combinados con sifón para calmar la sed que despiertan, saber ponerse en firmes, y leer por las noches antes de acostarse unos cuantos párrafos de "Quiere Ud. ser aguerrido en quince días?", o "El manual del perfecto veterano".

Tenemos que prepararnos y eso es duro. Aquí hacemos ocho días de ejercicios y nos declaramos suficientemente instruidos. Gateamos un ratico en la

plaza por las tardes, y ya queremos unos galones, aun cuando sean de peías, o pedimos tres estrellas, como para un capitán.

Y si para un matrimonio, que no es sino una guerra con dos personas nos preparamos tanto, que muchas veces nos quedamos preparándonos toda la vida, cómo será para una guerra contra ejércitos de veinte mil suegras montadas en aviones y montadas en cólera?

Hay que cambiar de conceptos sobre la paz y sobre la guerra. Afilarnos un poco las garras y afilarnos un mucho la espuela.

Se ve claramente que no debemos tomar ciertas medidas como la moratoria general de cobros mientras dura la guerra, ni forjar ideas como la que un buen muchacho mandó al Ministerio de Guerra, en donde hoy se polarizan todos los inventos y todos los sistemas.

Este invento consiste en mandar hacer a Fenicia unas bombas de cristal en forma de pera que se llenan de gasolina y se entregan a los aviadores. Como aquellas montañas están cubiertas de una hojarasca tan alta así, el aviador se eleva, deja caer la bomba, estalla y se riega la gasolina y aquello se vuelve un incendio de todos los Sánchez Cerros. Los peruanos desulojados por el fuego tienen que buscar la salvación en el río, y allí desde las orillas los nuestros los palomean a estilo garciarovirense.

Pero hay muchas otras cosas que hay que tomar a lo serio, y no creo que habrá necesidad de demostrar en esta luminosa exposición, que estamos llenos de espías. Que abrimos los brazos y cerramos los ojos ante el primer extranjero que llega; que aquí lo pueden examinar todo con la confianza de un inspector de higiene, y que nuestra vigilancia sobre ellos se reduce a impedir que match muchas vie-

jas con su auto y que tiren cáscaras a la vía pública. Necesitamos un nacionalismo crudo, fuerte, cerrero. Un nacionalismo de esos que hacen destemplar los dientes como ver bajar a un gato por una canal. Hasta en los letreros sólo queremos ver nombres extraños, como la "Nouvelle France" o "Les Petites Achats"; y llega el caso de que una fábrica de dulces, muy buena ella, ha tenido que hacerse la extranjera para que nuestros chicos no prefieran unos chocolates químicos o unos bombones de una señora marquesa de Francia, convertida desde hace mucho tiempo en un ilustre fiambre.

Usted, señorita, que le hace caso al primer antipodense que llega, sin preguntarle casi ni de dónde ha venido, ni cual es su nombre, ni dónde nació; que se siente feliz de poder contar a sus amigas que está de novia de un esquimal; que a su novio le avisa que pueden ir a vespertinas, porque sus hermanos, militares ellos, se han ido a Florencia, o que tiene miedo porque se están llamando a las reservas, o abriendo ciertos caminos, o pidiendo ciertos elementos, suministra sin saberlo preciosos datos a los espías que, como Dios, están en todas partes.

Y usted, mi querido feligrés, que le abre el corazón expansivamente a todo el mundo, que en los tees, y visitas y corrillos, por darlas de enterado y conocedor de todos los secretos, riega muy confidencialmente, eso sí, cuanto ha logrado captar en los ministerios, es un aliado poderoso del enemigo. El espionaje no se hace a base de gentes de la misma nacionalidad del enemigo, sino por medio de individuos e individuos de otros países, de diferentes profesiones, precisamente para no despertar sospechas. Lo contrario sería hacer como aquí, donde bien quisiéramos uniformar a los detectives de la Policía Secreta.

Allí está el caso de Mata Hari, o de aquel amigo nuestro, condenado a prisión perpetua en Cayena, de cuyo nombre no quiero acordarme. ¿Quién iba a imaginar que un colombiano que desde hacía mucho vivía en Francia, fuera un espía alemán?

Y este caso es más grave aún cuando nos llega, como ahora, una invasión de vendedores ambulantes, de ciertos representantes de casas extranjeras, y de muchos forasteros cuya patria y fines no los puede nadie adivinar ni poniendo el naipe.

Claro es que hay muchos muy honorables, pero lo mismo que nadie cuenta en bailes y corrillos si le sirvieron colí en la casa, o si la mamá compró zurriago nuevo, por qué hemos de servir así de espías inconscientes de nuestra misma patria?

Un día, por ejemplo, llega aquí un individuo, que, sin nombrar personas, era don Rodrigo Zárate, agregado militar del Perú. Y en nuestra ingenuidad y franqueza, ajenos a toda desconfianza, le mostramos hasta las cocinas de los cuarteles. Todo individuo llegado en el último tren al mundo social, que se creía muy honrado al sentarse a una mesa con un diplomático extranjero, le iba despepitando entre whisky y chanza todo cuanto el famoso agregado ignoraba.

Nadie debe creer que es síntoma de superioridad vestirse chillonamente, andar a francos y pegarse el castellano. Nuestros apellidos chibchas son más fáciles de pronunciar porque no tienen tantas XX y KK ni letras sopechosas, y sobre todo hay la seguridad de que podemos responder de ellos porque han sido contraídos personalmente.

Uno ve por calles y salones individuos que se visten con gusto de criados de café, quizá porque en su patria lo fueron, con un orgullo loco de ser extranjeros y una facilidad maravillosa para cañar

la gramática en todos los idiomas. Son el poliglotismo de los grotescos. El esperanto del restacuerismo.

Debemos ser como los caracoles, tener una desconfianza instintiva, y cuando llega a rozarnos alguna cosa extraña escondernos bajo una dura concha.

Y debemos ser más nacionalistas. En las escuelas le enseñan a úno palabras geográficas rarísimas de todos los países, palabras que más bien parecen aprendidas no en un banco de colegio sino en una cantina, como Sumatra y Bramaputra, y jamás le enseñan que existe un punto llamado El Encanto, y cómo se debe defender. Eso le debemos agradecer a nuestro culto amigo Sánchez Cerro, quien si tiene una ortografía absolutamente personal y espontánea, nos ha hecho aprender un poco de geografía.

Cuando llegaron los primeros cables sobre el asalto de Leticia, hasta nosotros los sabios de cartel, creimos que se trataba de la adorable damita bogotana, célebre por su belleza, su gracia y la gloria de su padre: doña Leticia Velásquez, creencia que se afirmó cuando se nombraba también El Encanto.

Y hasta muchos aseguran que se trataba de un atentado de rapto perpetrado por un tal Ramón Castilla en complicidad con un extranjero llamado Benjamín Constant.

Nadie sabía que era un trozo de terreno nuestro, profanado por el gremio peruano de sinvergüenzas, tramposos y similares, que como en la guerra europea rompieron con Alemania para robarle los barcos que había en su puerto, hoy asaltan nuestro territorio y cubren con la bandera blanca y roja la falta de pago a la lavadora y el fracaso de una vida de ingeniero y de presidente.

Hay que aprender también a girar dinero, porque si bien es cierto que en tanto que aquí ha sobrado plata como para otra furruasca, en el Perú el emprés-

Una no está cubriendo con una lentitud de tortuga hemipléjica, es cierto también que aquí hay mucho que "embousqué" y mucho que ha girado cantidades menores de edad.

Al repasar las listas se nota que a todas las cantidades se les podría agregar un cero a la derecha, y que hay muchos ricos que están quedando como un cero a la izquierda.

Hoy, cuando estamos acuñando gloria y cariño, cuando los poetas, las señoras y los pobres maridos ofrecen a la patria el oro de sus joyas, tras de ofrecerle el oro de sus corazones, cuando hasta los presos, ya que no tienen más que dar, ofrecen su hambre y duran días sin comer, para dar sus raciones a la nación, es un crimen de lesa patria no entregar cuanto se pueda.

Hay individuos que podrían dar mil pesos, ofrecen doscientos y se ufanan. Otros guardan sus sortijas, y no las ofrecen, porque quién quita que no haya guerra. El de más allá se hace el tegua, el que no es con él la cosa, y no da ni para el chocolate de la lora, lora que puede ser la que está dando nuestro gentil canjarada don Luis Cerro Sánchez.

Pero instintivamente los ciudadanos hacen una especie de lista negra, y mañana cuando pidan algún favor a la patria, se les responderá con un elegante arreglo del corbatín.

(Pase el dedo índice de la mano derecha por la garganta).

Bueno, pero hay que ir a la guerra. Hay que probarles a los descendientes de Manco Capac, que nosotros tampoco somos mancos.

Mas para esto hay que prepararnos y hacer un rato de ejercicio, ya que todos tenemos los huesos oxidados y que una gran mayoría de nuestros deportistas únicamente miran el deporte sólo como una es-

cala para adquirir posición social. Como un medio de relacionarse bien. Una raqueta y un traje blanco y ya se cree el chico en el gran mundo.

Y hay que entrar a la guerra hasta con terrorera. Un optimismo exagerado nos haría "víctimos" del chino Isaurio, bautizado por algún cura arqueólogo. Chile en su célebre guerra con el Perú se hallaba desarmado y tenía el mismo concepto de que los peruleros estaban formidablemente preparados. Y por ese miedo, por salir bien siquiera en los primeros combates, atacó con tal furor, con tal desesperación, que a los peruanos les sobraba en lengua para sacar lo que les faltaba en pies para correr.

Claro es que a mí poco me importan los peruanos, porque a pesar de que una de mis varias enamoras está loca porque me vaya, no si si por deseos de que por allá los óscares me hagan un bartulazo y poder la niña cobrar mi pensión, y dárselas vanidosamente de viuda del soldado desconocido, no iré sino hasta la última tienda de aquí para allá y ahí espero que los demás hagan todas esas cosas de barrer a los peruanos y realizar esa idea que tenemos de que la guerra será una pelea de cucaracha y vieja de chinelas.

Cuando ya eso esté higienizado y ya no haya animales como tigres o peruanos, iré muy agradablemente en automóvil a cantar a los héroes, en un reservado de "Las Brisas de Iquitos" o "A la Leticia Reformada".

Y creo que hay otros que están en el mismo caso y únicamente están medio arriesgándose a ir porque han sabido que a los soldados de la guerra mundial les daban mucho licor antes de entrar en combate. Y mis amigos juzgan que debe ser muy sabroso coger de anfitrión al gobierno, acabar con las exis-



tencias de la tienda y de los peruanos, y tener con quién pelear cuando le dé a uno por sentirse un Rafael Tanco. Cree que el gobierno debía construir un ferrocarril de aquí a Caucayá, aun cuando es lo probable que tuviera que fundar también allá un salto de cochinos.

Hay que ir a la guerra. Quedarse aquí para saltar matones, suscribir una guerra internacional con la vieja de la esquina que se empeña en emborracharlo a uno por las noches y todavía tiene el atrevimiento de querer que se le pague, tener uno que aprender bridge, o ir por la noche a cine con la novia, a escuchar rumores de túnel, muy junticos, muy amarrelados, muy agarraditos, porque hay algunos que se especializan en los apretones y no perecen cogiendo chiboga sino escogiendo chirimoyas, quedarse aquí para todo esto, no vale la pena.

Cualquier día de estos le hace a uno daño un cigarrillo en un guayabo, y en cualquier cantina se sale de la vida por la puerta de campo, o pilla un castro complicado con un mal médico, o lo aplancha el camión de la basura, o se resbala en una cáscara de plátano y se desnuda ridículamente, y entonces es mejor ir a asolear la neurastenia al Amazonas y auténtarse a peruano.

Y basta si logra uno el mayor anhelo de su vida: casarse con la decana de las novias, después de haber matado en cacerolías y peroles la plata del trago, y de que los hayan despedido de su vida de soltero en una de las cafeterías de la Junta de Beneficencia, a los seis meses uno se está muriendo de la aburrimiento y a la pobre chica la está matando a disgustos.

Allí siquiera tiene uno la perspectiva de que puede que le resulte la suerte y salga de golpe de uno un general Córdoba, y llegue a Lima, y anfitriónado por sus tizañas guerreras, pueda pedir allí un pisco

peruano y una pisca. Porque la aspiración de todos, muy allá en el fondo es llegar a la capital del Perú, es enlazar en primer lugar al coronel y traerlo de profesor de ortografía, y luego venirse a Bogotá con un millón de soles en el bolsillo y otros dos soles de brazo.

Porque uno no piensa en hacer allá sino una moñona rara: tumbar todos los negros y dejar la pisca.

Uno no piensa sino en el saqueo, el tiroteo, la entrada gloriosa, y echar carrera para acá con una Manuelita Sáenz y otra de repuesto.

Ya me veo después de todas esas cosas entrando por la Calle Real, montado en un caballo manso, pero que parezca brioso, mientras en cada balcón una novia me tira hasta del saco, pues, claro, como me lo auguró Darío, "la más hermosa sonríe al más bravo de los vencedores".

Peró todos los caminos conducen a Lima. Claro es que no podemos ir todos, porque aquello no es Sibaté, porque no se puede dejar la casa soia, y hay muchos que tienen que sembrar campos, sacar sal y carbón, desempeñar ciertos puestos, pues su constitución no les permite meterse por aquellas montañas, donde las bichas están al alcance de los niños, los ríos son verdaderamente hidráulicos y los antropófagos no son precisamente vegetarianos.

En cualquier puesto a donde el mono lo mande a uno, allí está también combatiendo por la patria, y allí debe redoblar sus energías para subvenir a las necesidades de los soldados y suplir a los que si fueron a la guerra.

Y hay aquí también que vigilar con ojo de comadre, a todos los que pretendan ganar dinero con la guerra. A los contratistas, los acaparadores, los alcistas, a todos esos que quieren o permiten obtener beneficios del dolor de la patria y de los sa-

críticos de otros, hay que agarrarlos de las nucas de atrás y darles contra el sardinel, sin compasión y sin miramientos, aunque quiera oponerse la Sociedad Protectora de Animales (S. A.)

Hasta yo ya quería hacer negocio con la guerra y proponerle al gobierno la venta de epitafios en verso.

A mí me encantan todos los gustos de las mujeres, hasta los de calabazas, porque entonces siempre hay el consuelo de que por lo menos se libró uno de un peligro de matrimonio; pero el que más me ha gustado es la espontaneidad con que todas, desde la hija del pescador hasta la princesa real, se han ofrecido a la Cruz Roja.

Pero desgraciadamente no podemos llevarlas a todas, porque se debe poblar esa región pero no tanto.

Hay muchas que le tienen miedo a los ratones, o que cuando las pica un mosquito no más en Apulo, ya se echan a morir.

Y hay muchas, la generalidad, que no saben de esto de curaciones, y tiene uno dos enemigos así, puesto que de repente se encuentra uno con un peruano un poco brusco que le pega un calibrazo duro en la cabeza y lo deja K. O., y lo menos que le pasa a uno es que lo recoge una recluta enfermera y le corta un brazo o le saca un ojo.

Es bueno también que no se vayan a aprovechar allí de la ocasión y a levantar novio oficial, según lo enseñan las películas y las novelas. No creo yo en ellas, pero que las hay las hay, que piensan que el vestido blanco les sienta bien a la cara, y ya se ven en pleno campo de batalla socorriendo a un oficial buen mozo, y luego todo eso del agradecimiento, del idilio en la convalecencia, y de la

echada de aquella famosa bendición que termina en cincuenta mil maldiciones.

Y lo que es a los soldados rasos y a los feos, mejorando lo presente, no les dan ni agua.

La terrorera que yo tengo sobre el caso es que le dé por recogerme a alguna enfermera horrorosa y tenga que tenderle el rifle y cometer un feminicidio. O también de que apenas caiga herido o por ahí en una zanja bien honda me esté haciendo el dormido para despistar, se lancen afanadas unas diez o doce novias, y si salgo ileso de sus vendajes y bisturios, lo menos que me pasa es que salgo todo casado.

¿Por qué, ya que son tan abnegadas y tan patriotas, no se forman grupos que, como en la guerra europea, aun cuando sea por sport, ayuden a coger café, o manejen o dirijan siembras o actúen en los pucos donde puedan reemplazar a los hombres que marchen al frente?

Y las mujeres tienen otros campos mejores que el campo de la guerra: desde el campo en donde, dirigiendo y aun manejando la azada, pueden doblar nuestra producción agrícola, como novias, esposas o hermanas, hasta como suegras en el camposanto.

Las mujeres invaden hoy todos los sitios de los hombres: las oficinas, los talleres, las empresas e invaden hasta las esquinas y ya no lo dejan ni pasar a uno.

Y en la guerra desempeñarán mejor los oficios que nosotros abandonemos, porque ellas, buenas y dulces en la paz, abnegadas y fieras en la guerra, superan al hombre en todo, hasta en saber pintarse los labios.

Benditas sean esas mujeres, todas llenas de gracia, que son capaces de todos los sacrificios en aras del ideal. Que son capaces hasta de casarse con uno.

Cuando más normalmente siga la guerra se verá segura la victoria y menos demostrará la guerra. No se puede sacrificar, sino en un caso extremo, a la parte ya trabajada del país, y los soldados tienen que comer y hay que hacer el café en metralleta y hay que hacer patria a coconas y a balazos. Hay que trabajar aquí en silencio y allá sincronizar a balazos la rabia del corazón.

Hay que probar a ese pueblo de cachorros, desleales y tinterillos que los pactos hay que respetarlos, aun cuando ellos crean que no los cobija un tratado que se firmó bajo la palabra de honor. Hay que mostrarles cómo ni en un último extremo Colombia podría plegarse a sus insolencias, porque para tratar ante un jurado internacional, tras de eso de tachar de bandidos a sus soldados y de declarar oficialmente que los soldados no obedecen, nuestra patria necesitaría un gobierno con quien poderse entender.

Y no hay que temerle tanto a la selva ni a tantos peligros como ciertos novelistas tropicales nos describen para dar más interés al relato. Ni creer todo lo que cualquier pobre individuo que ha estado por allí viene contando para hacerse el interesante, y que como no distingue una lancha de una hermano cristiano, relata cosas como aquellas de que encontró unos negros rarísimos: completamente blancos. O aquello otro de que hay por allí unos pájaros salvajes tan particulares, tan raros, que tienen cuatro patitas, dos orejitas y hacen: miau.

Para los que vayan a la guerra y quieran traerse al chino Luis Miguel Cerro, cuya partida de bautismo se refundió en la trifulca con Chile, y cuyo retrato está entronizado en la Historia Natural, voy a mostrarles una vista del chino ese para que lo conozcan.



Instantánea del mono Sánchez Cerro, tomada durante la entrevista que concedió al famoso orador Fray-Lejón.

Y ahora, hay que dejar trabajar al presidente, porque el mono sabe en qué palo trepa. Y dejarlo trabajar en silencio y lentamente, aunque la impaciencia nos mate, porque chí va piano va lontano y nosotros vamos a Lima.

Y dejar luchar a nuestro pueblo, pueblo de niños y poetas, como dicen irónicamente en Lima, pero niños con alma de hombres, y poetas que funden sus trofeos para hacer balas. Pueblo que con el fusil y la azada, con la sonrisa en los labios y varios bonos entre el bolsillo, lucha hermosamente y cara a cara. Porque afortunadamente, nosotros estamos acuñando cariño y haciendo pólvora con hojas de laurel, y por-

que afortunadamente también Colombia lucha a pecho abierto, en alto la frente y para sus empresas internacionales no necesita disfrazar a sus soldados de bandoleros y forajidos.

Y ahora, ante el dolor de la patria, que nos perdone la madre, a quien hoy quizá olvidamos, de quien recibimos una vida que vamos a tirar como un bofetón a la faz de un saigentón mestizo y escorvo, que nos perdone que nuestra mano antes temblorosa de cariño, no acaricie sus canas, por asir el fusil, temblorosa de rabia.

Que nos perdonen las hijas y las esposas y las hermanas, si los brazos que les servían de apoyo les quitamos para hacer un dique y de carne en las lejanas fronteras.

Que nos perdonen si al caer de bruces, esos brazos van a quedar allí, rígidos y abiertos, como en un hilando afunzo con la tierra amada. O si caemos de cara al cielo, van a formar una cruz blanca que jure a Dios eternamente la justicia de nuestro derecho.

Que nos perdonen las novias si hoy cambiamos la cruz del matrimonio por la cruz de la espada, y si la palabra que en día enpeñamos, no podamos cumplirla porque en la emmarañada selva nos ha borrado a balazos su imagen del corazón.

Que nos perdonen las mujeres colombianas, si esta vida que era tan de ellas, hoy vamos a venderla, pero a venderla cara. Que nos perdonen si hoy olvidamos sus nombres, ya que el único nombre de mujer que hoy puede pronunciar un labio de hombre, suzandole al buzarlo, es el santo nombre de LETICIA.

\*\*\*

Del orador es sacado en honor por cuatro

